



**MATILDE  
DECIDE  
VIVIR**

UNA NOVELA DE  
**CRISTIAN ACEVEDO**

BÄRENHAUS

**MATILDE  
DECIDE  
VIVIR**

UNA NOVELA DE  
**CRISTIAN ACEVEDO**

BÄRENHAUS

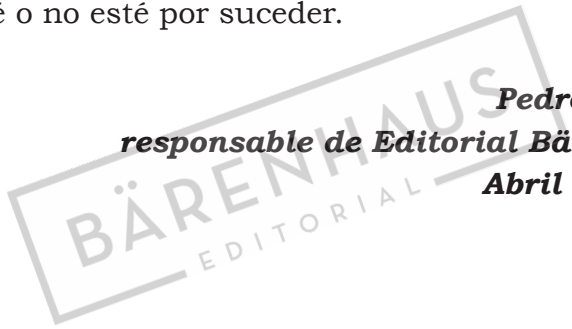
*A Facundo y Morena Acevedo.  
A Maylén y Franco Weiler.*



# ADVERTENCIA

La EDITORIAL no se hace responsable de lo que sea que esté o no esté por suceder.

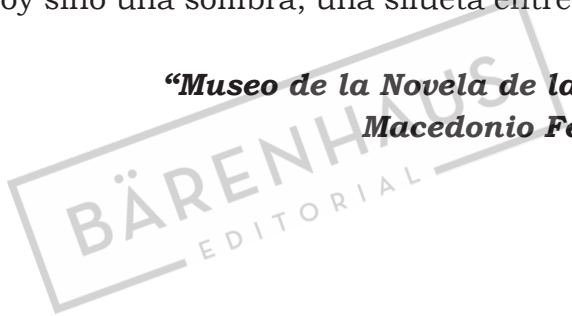
***Pedro Bucaff,  
responsable de Editorial Bärenhaus.  
Abril de 2021.***



# MATILDE

¿Quién me mostrará que él nunca existió, que yo misma no soy sino una sombra, una silueta entre páginas?

***“Museo de la Novela de la Eterna”***  
***Macedonio Fernández***



# CAPÍTULO I

13

Mi nombre es Matilde Vieytes.

Soy escritora.

Eso lo sé.

Escribo esto sentada a la mesa de un típico bar de Palermo, uno de los tantos que se desparraman por la ciudad. No soy la única aquí, por supuesto: hay mucha gente entrando y saliendo, se trata de un bar.

Frente a mi mesa, la ventana de la calle Charcas. Más allá, el bullicio típico de una esquina demasiado transitada.

Me llamo Matilde, eso ya lo dije y de seguro usted ya lo sabía. No puedo precisarle mi edad: intuyo que tengo entre treinta y cuarenta años, aunque me gusta creer que no son más de treinta y tres. No puedo tampoco asegurarle de qué color es mi pelo, ni si tengo pecas o lunares en la cara. No sé si soy alta o petisa, si estoy excedida de peso o si debería subir unos kilos.

---

*Mi nombre es Omar Weiler. El narrador de la primera novela. El seudónimo. El heterónimo. El otro yo. Le contaré un secreto: en las notas al pie que siguen, usted conocerá la verdadera historia de Matilde.*

Y no es que soy ciega o estoy loca: no ignoro todo esto a causa de alguna patología extraña que no me permite percibirme tal cual soy. El problema es otro, el que algunos de ustedes, queridos lectores, ya conocen: yo, Matilde Vieytes, no soy una persona de carne y hueso. Soy un personaje creado por Omar Weiler —o por Cristian Acevedo—, un escritor que omitió muchos de esos datos en su nefasta y torpe novela.

¡Un personaje!

14 Eso soy, nada más que ficción, tinta y papel; tipografía *Times New Roman* a espacio simple en algún archivo de texto.

Yo, Matilde Vieytes, no existo más que entre las encorsetadas paredes de un libro y en el borrador de algún .doc. Sé que a veces tengo un tatuaje en el hombro, a veces una cicatriz, a veces nada. No mucho más.

Pero no tengo que desviarme del asunto que me urge, que no es otro que el de mi supervivencia. Porque, a pesar de no ser una persona igual a usted, querido lector, de alguna forma que no podría precisar, también estoy viva. Y tan viva estoy que en breve me voy a morir. Esta misma semana. En unos días o en algunas páginas, según lo que suceda primero. Así viene ocurriendo desde finales del 2016. Desde entonces, no he parado de morir, no han dejado de asesinarme.

Desde el momento en que *Bärenhaus* editó la novela de Omar Weiler; es decir: desde que *Bärenhaus* se convirtió en cómplice, en partícipe necesario de este perverso escritor, yo he muerto y vuelto a la vida, una y otra vez, y así hasta el hartazgo; una muerte tras otra al

---

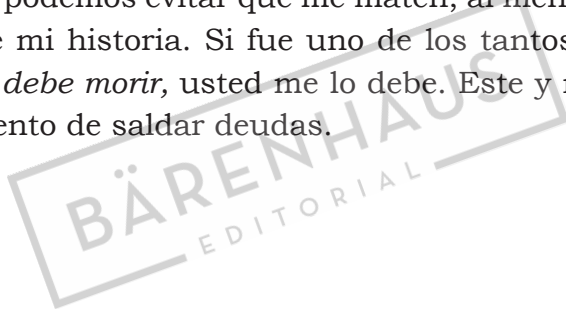
*Usted atestiguará, ocioso lector, los sucesos que justificarán —o no— la decisión que he debido tomar en la primera novela, en Matilde debe morir.*

llegar a la página 115; un Día de la Marmota constante, sólo que sin variaciones, días idénticos siempre, la misma muerte una y otra vez y otra.

Por eso todo este palabrerío. Porque enseguida alguien volverá a abrir esa novela y todo se reiniciará de nuevo, y ya no voy a poder lanzar otra botella al mar, no voy a poder escribirle a usted, querido lector, pidiéndole que me ayude, que evite que vuelvan a matarme, que me acompañe al menos durante los pocos momentos que me quedan antes de mi nueva muerte. Quédese conmigo mientras alguien más se retrasa en llegar a la página 115 de esa novela terrible. Le pido que no me ignore, amigo lector, que no se acostumbre a verme morir.

15

Si no podemos evitar que me maten, al menos déjeme contarle mi historia. Si fue uno de los tantos que leyó *Matilde debe morir*, usted me lo debe. Este y no otro es el momento de saldar deudas.



---

*Comenzaré diciendo que poco me importa que me aborrezca, como viene haciéndolo desde la primera novela. Lo merezco, me lo he ganado. Sin embargo, vale decir que no soy el único merecedor de su desprecio.*



## CAPÍTULO II

17

Muy bien, resumamos. Soy la protagonista de la novela *Matilde debe morir*. Estoy sentada y, frente a mí, tengo la taza vacía y un plato con medialunas que todavía no toqué. Si no preferiría tres medialunas en lugar de dos, me dijo hace unos minutos el mozo. Que la promo viene con tres, insistió. Eso quiere decir que la novela debe de andar por la página 20 o 21.

Ya se ha dicho que en este bar hay cuatro personajes, tres además de mí. Cuatro somos los que podríamos ser considerados el motor de esta historia. Aunque puede que esta afirmación no sea del todo cierta, ya veremos. Uno será Valentín, el mozo; otro, el bigotudo de la mesa 2, que no hace otra cosa que leer el diario, y el insulso de la mesa 4, que ha permanecido inmóvil y sin parpadear hasta hace unos minutos.

Deben de ser las seis de la tarde, quedan un par de horas para que anochezca. Aunque mi tiempo no trans-

---

*A pesar de que Matilde se presente como una persona dulce, conciliadora e inteligente, le aseguro que no lo es. O lo es, pero también posee otras peculiaridades que la definen y que ella se encarga muy bien de ocultar.*

curre de la misma forma que el suyo, querido lector. Si quien aborda aquella novela es de esos lectores ansiosos, probablemente la noche se precipitará y deberé abandonar esto que escribo y salir del bar urgente, esfumarme, aguardar hasta que mañana me toque volver a esta misma mesa que da a la ventana de la calle Charcas, un mañana que para mí se demorará menos que un chasquido, apenas una elíptica vuelta de página, un nuevo capítulo, y en un parpadeo soy un día más vieja, me queda un día menos de vida.

18 Redacto esto en un cuaderno anillado, inmediatamente después de los cuentos que Omar Weiler escribió como si fuera yo. En unos minutos voy a tener que leer el primer cuento del cuaderno, para que algunos de los ocupantes de este bar —y de aquella novela— puedan oírlo. Entretanto, sigo con el resumen, un inventario de los elementos con que dispongo por si llegara a necesitarlos. Por si *llegáramos* a necesitarlos: cuento con usted, querido lector, no me deje sola.

Bien: el cuaderno y la birome, algunas hojas sueltas, la cartera colgando de la silla y en su interior la billetera beige, unos lentes de sol marrones, al parecer nuevos. El celular sobre la mesa. Nada más. Llevo puesta una blusa, eso lo sé, mañana será una blusa lila y unos jeans gastados, zapatillas cómodas imagino.

Al principio me resultaba inconcebible no poder ser más específica, no poder describir cómo estoy vestida, no ser capaz de hacer un detalle pormenorizado de mis características físicas, no poder decir, al menos, que tengo la nariz de un papagayo o el mentón demasiado

---

*Yo, Omar Weiler, cargo con tantos o más defectos que usted, ocioso lector. Exigente lector, vil lector, inflexible lector. Lo sé, no tiene sentido negarlo y no me preocupa que usted lo sepa.*

inclinado hacia adelante, que mis ojos son azules como los de Madame Bovary o acaso negrísimos, como los de Madame Bovary capítulos más adelante.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte, comprendí que más que una deficiencia, ese desconocimiento me abría un sinfín de oportunidades. Todo lo que no sabía podía imaginármelo. Ahí donde hubiera omisión, oscuridad, yo lo ocuparía con mi propia imaginación: al fin y al cabo, soy escritora. Así me diseñó Omar Weiler. Y para algo ha de servir mi creatividad.

Así que hoy puedo ser rubia y medir un metro ochenta, y mañana ser morena y apenas superar el metro y medio, un día puedo tener rasgos árabes, y a los diez minutos convertirme en pelirroja, albina o lo que sea. Que al fin y al cabo me voy a morir, y cómo no intentar vivir muchas vidas, si sé que me tengo que enfrentar a demasiadas muertes.

Lo mismo usted, querido lector. Es libre de imaginarme como más le guste. No se limite, sea creativo: son pocos los libros que le permiten completar las piezas, así que aproveche la oportunidad. Vuele. Si así lo prefiere, puede prefigurarme parecida a su madre; tiene la libertad de crearme idéntica a su mejor amiga, si así lo desea. O igualita a aquella vil mujer que alguna vez le rompió el corazón.

Sólo le pido que no se olvide de lo importante: si no es capaz de ayudarme, así como usted me ha creado en su cabeza, así deberá imaginarme en la página 115 de aquella novela: muerta, tirada en la vereda de Charcas

---

*Lo que sí me preocupa, e intentaré resolver mediante estas notas al pie, es que usted se anoticie de los defectos que Matilde Vieytes tanto se esfuerza en ocultar. Actitudes más que defectos. Conductas.*

y Armenia, un hilo de sangre brotando de mi blusa, el rostro que usted ha concebido opacándose sobre las baldosas demacradas.

Recuerde, amable lector, que esto no es un juego: hablamos de la vida de una persona, y esa persona soy yo.



---

*Sabr  por qué me he empeinado en que Matilde muera. Sabr  por qué Matilde debe morir.*

## CAPÍTULO III

21

Mil y una versiones hay de esta historia, querido lector. Y al mencionar la nada inocente cantidad de mil y una, estoy significando que esta historia es infinita.

En la página de legales comprobará que la primera edición de *Matilde debe morir* ha sido de 2000 ejemplares.

1° edición: diciembre de 2016

Tirada: 2000 ejemplares

ISBN 978-987-4109-03-3

A esa cantidad habrá que sumarle las reediciones del 2020 y la versión digital, que existe en decenas de tiendas online. De todas formas, el resultado total no importa: el carácter infinito de esta historia no está ligado a la cantidad de ejemplares, sino al número de posibles lectores. Es decir: las posibilidades derivadas de la novela *Matilde debe morir* son tantas como lectores lleguen

---

*Digamos que, si bien es un personaje de esta novela, es también una persona. Matilde existe. Mientras se suceden estas páginas, sí, pero también desde muchos años antes. Es decir: Matilde es una persona de carne y hueso.*

a ella; y luego habrá que contemplar que un lector no es el mismo si se enfrenta a esta novela un martes a las 17:45 o un sábado a las 9:22. En la conversación que se trama entre un libro y el lector, uno difiere y el otro se consagra a la sutil diferencia del otro. Hará falta, entonces, un único lector —y con uno hipotético basta— para que esta novela sea infinita.

22 Así es que esta historia, este bar de sobradas recurrencias, estas páginas, las palabras volcadas en ellas, el mozo que finge no mirarme, la novela que sostiene el insulso de la mesa 4, el bigotudo de la mesa 2, que simula leer el diario, los cuentos que garabateo en mi cuaderno anillado, la sucesión de autos que veo pasar por la ventana, son infinitos.

Usted. Yo. Somos infinitos.

Todos.

Entonces, somos nada.

Todos.

Y nada podemos hacer.

A no ser, claro está, que alguien se tome la fatigosa e improbable tarea de recobrar todos y cada uno de los ejemplares. Así se resolvería el asunto de los lectores infinitos y mis infinitas muertes. Sin embargo, la eliminación total de cualquier posible lectura provocaría que debamos permanecer en esta historia para siempre, la eternidad en este bar de la calle Charcas y Armenia. Viviría, es cierto, pero siempre he considerado que el limbo puede ser más terrible que el mismísimo infierno. Debo confesar que, la verdad, no sé qué cosa sería peor.

---

*Matilde tiene entonces una doble existencia. Al igual que usted, ocioso lector, que mientras sostiene este libro y lee estas palabras, las obedece y se subordina a ellas como si fueran el guion de su propia vida.*

De modo que no tengo otra alternativa que intentar —volver a intentar una vez más— salirme de esta historia. Soy Matilde Vieytes, he muerto tantas veces ya que hasta podría decir que no he muerto nunca. Tantas he debido ser, que quién sabe si sigo siendo la misma y no otra. Tantas veces me han matado que podría decir que soy inmortal.

Sin embargo, toda esta prédica es ridícula. Soy escritora y tal vez por ello me resulta impracticable no ponerme solemne y trágica. Por eso será que, apenas cruzo el umbral de la solemnidad y de la tragedia, asumo esta actitud ridícula que tanto aborrezco. No hay nada más penoso que un escritor intentando enaltecer su pesadumbre.

Debo esforzarme para no transformar mi infortunio en mala poesía. Debo evitarle a usted, amable lector, la lectura de un discurso patético que no hará otra cosa que ahuyentarlo, abandonándome a mi suerte, en esta estúpida mesa de este estúpido bar de la calle Charcas y Armenia.

Muerta otra vez, pero antes agonizando en la vereda fría de este típico bar de Palermo.

---

*La metaficción existe desde antes que a los exégetas se les ocurriera bautizarla. Poco tiene de original este recurso. Pero nos permite mantener a Matilde en este bar, nos permite una mínima venganza.*

No se trata de complacer a nadie,  
sino de incomodar a todos.

**O.W.**

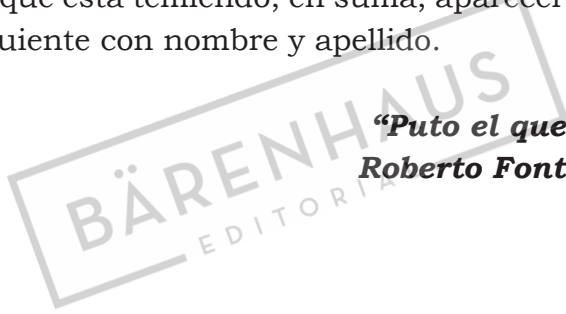




# EL BIGOTUDO

Sí, a usted le digo. Al que sostiene este libro ahora y aquí, el que está temiendo, en suma, aparecer en el renglón siguiente con nombre y apellido.

***“Puto el que lee esto”***  
**Roberto Fontanarrosa**



## CAPÍTULO IV

27

Escuchame, querido. ¿Sos hombre o mujer? Da igual, estás leyéndome, así que más vale que me prestés atención. El bigotudo de la mesa 2 te habla. Escuchame, es corta: si le seguís la corriente a la mina esa, no salimos más de acá.

¿Sabés cómo me tiene este asunto? Explicarte esto una y mil veces, todos los santos días lo mismo.

Escuchame bien. Lo voy a decir sólo una vez, no lo voy a repetir; no tengo tiempo ni ganas, así que escuchá: si esta tal Matilde no se muere, nosotros nos tenemos que quedar a vivir acá. ¿Está? Matilde debe morir, y no importa si ahora ella resulta que decidió que no, que no se muere más. Tenemos que hacer que la trama avance según este Cristian Acevedo lo dispuso. ¡Y sanseacabó! Nos vemos en Disney, como quien dice.

Ya superamos demasiadas veces la etapa de preguntarnos qué nos conviene hacer, ya muchos han entrado y salido de este bar, demasiados lectores se han convertido en un personaje de esta historia, incontables son los que han debido ubicarse en el insulso de la mesa 4, en el mozo, en este bigotudo que ahora te habla y te explica cómo son las cosas.

Matilde debe morir, y quien la mate a esta altura es anecdótico. Te juro que tantas veces la vi derrumbarse, extendida disparatadamente en la vereda, que ya no me importa. Su muerte no es para mí otra cosa que una representación, la escena repetida de una historia más pretenciosa que original, un *blooper* sin gracia, la noticia de la semana, el menú del día.

28 Así que nada de querer lucirte. No me vengás con ninguna genialidad, ¿estamos? Seguimos el argumento al pie de la letra y, más tarde o más temprano, nos despedimos de estos personajes; de este bar de mala muerte; del diario, que invariablemente tengo que leer para matar el tiempo y que ya me sé de memoria y que no es otra cosa que mi infierno personal.

Matilde debe morir, grabátelo: cuánto más rápido lo aceptes, más pronto nos vamos de acá. Y ya podrás volver a lo que sea que te guste hacer: jugar a los jueguitos, mirar algún video de gente mirando videos, profesar el odio a través de un *hashtag*, sacarte una *selfie* o alguna otra cosa interesante que hace la gente interesante en estos días. Me importa tres pitos: sólo tenés que dejar que avance la trama.

Como ahora, que Matilde se va a poner a leer en voz alta, fingiendo que nadie la oye, como si no se diera cuenta de que todo el bar está atento a lo que va a leer. La escritora, la protagonista. Si no fuera que escucharla es un requisito para que la trama avance, yo mismo le arrancaría los papeles de las manos y los tiraría a la basura. Creeme, ya lo hice. Muchas veces. Y no funciona: ninguna otra cosa funciona más que aceptar que no somos nosotros quienes estamos a cargo del timón.

No podemos evitarlo: debemos parar la oreja y escuchar —leer— el cuento que Matilde acaba de escribir. Este que ya me sé de memoria, como si lo hubiese escrito

yo mismo. Empieza así: “*Nunca creí que sumaría tantas mentiras a mi lista*”.

No tenés por qué leerlo, ya estoy yo aquí para escucharlo por vos. Así que podés seguir de largo nomás, avanzar hasta el próximo capítulo y esperar ahí, ahorrarte unos minutos. No te perdés de nada, te juro. Tantas veces escuché este cuento que he llegado a odiarlo. “*Nunca creía que sumaría tantas mentiras...*”

Si no me creés, sólo tenés que verificar que empieza así y listo el pollo. Seguramente ya leíste *Matilde debe morir*, así que ya conocerás el cuento. Seguí nomás, no vale la pena volver a oírlo.

29

### ***I escrito de Matilde***

*Nunca creía que sumaría tantas mentiras a mi lista. Pero la de hoy fue grande. Enorme fue. Llevo la cuenta en mi agenda de Hello Kitty, y me quedan pocas hojas para completarla.*

Creo que ya el bigotudo no nos oye, querido lector. Siga como si nada, por favor, disimule. Haga de cuenta que está siguiendo la lectura de mi cuento. No levante la cabeza ni revolee los ojos, permanezca aquí, en estas líneas.

Debemos ser más inteligentes que ese cobarde de Acevedo que se hace llamar Weiler. No sólo porque me apremia la voluntad de no volver a morir, sino para demostrarle que, al menos una vez, una única vez, hemos sido más inteligentes que él.

La lectura de este cuento dura poco más de tres minutos, así que intentaré darle toda la información que poseo hasta ahora. Todo lo que sé: ya no únicamente acerca de lo que ocurre en este bar, sino todo lo que sé

acerca del género. El género policial, la novela negra, la metaficción, el pastiche.

Este es un enigma completamente literario, aunque las consecuencias las suframos en la realidad. Así que he pensado que, tal vez, podamos resolverlo apelando a soluciones literarias. Espero, querido lector, que usted venere el policial tanto como yo. Le daré una lista, tal vez su memoria evoque alguna de esas lecturas. Tal vez un mínimo recuerdo de aquellas historias nos obsequie la solución de este misterio.

30 Ahora, elevaré un poco la voz y seguiré con el cuento:

*Papá cumplía cuarenta, y lo de anotar las mentiras se me ocurrió esa tarde, después del almuerzo.*

Aguárdeme.

*Toda la familia se divertía con las payasadas de mi hermanito: Agustín esto, Agustín lo otro, mirá cómo se ríe Agustín. Parecía que el cumpleaños que festejábamos era el suyo. Hasta el viejo Sosa se metía a hacerle muecas y todo eso.*

Al parecer, ninguno se ha dado cuenta. Puedo ver al mozo, que acaba de acercarse a la mesa del bigotudo. El de la mesa 2 no nos traerá mayores problemas. Espero, amable lector, que de entre sus lecturas favoritas estén algunos de estos autores.

Agatha Christie, desde luego. El Sherlock de Conan Doyle, aunque bastará con cualquiera de sus adaptaciones. No esperaré que haya leído a Wilkie Collins, pero sería de gran ayuda. Sobre todo, teniendo en cuenta que no estoy segura de haberlo leído yo. Nos queda algo así como un minuto y medio, así que seguiré con la enumeración

para aprovechar el tiempo restante contándole una idea que viene rondándome desde que usted abrió este libro. Chandler, Highsmith, Jaz Tischler, Blake, Poe (infaltable), el Padre Brown de Chesterton.

Tal vez estoy siendo muy obvia, pero es un riesgo que prefiero asumir. Si no los ha leído, tal vez sea un buen momento para hacerlo: Elmore Leonard, Paul Groussac, Guillermo Martínez, el Parodi de Bustos-Domecq, Pablo Laborde, Jim Thompson. Carlos Román y sus sabuesos, Sebastian Fitzek, Pérez-Reverte, David Goodis, Holmberg.

La lista es inacabable, lo sé. Yo misma no he leído a buena parte de estos autores. Créame, amable lector, que este catálogo vale tanto por las omisiones, muchas de ellas deliberadas, como por las menciones en sí. Y aún no me he referido a las obras que experimentan, en mayor o menor medida, con la metaficción. Son menos las que me vienen a la memoria. Va una lista breve y caprichosa: *Si una noche de invierno un viajero*, *Niebla*, *el comienzo de El Eternauta*, el Nick Carter de Levrero, cierta historia de *Las mil y una noches*, la obra completa de Albert Dwayne. Espere un segundo. Silencio.

31

*Y me pone orgullosa, porque al fin entiendo eso que dice Papá, de ser constante. De empezar algo y no dejarlo a la mitad. Y no digo que no me divierta, pero muchas veces me pregunto por qué me enredo tanto, pudiendo decir "No" en lugar de "Sí", y chau agenda, y me dedico a mis otras cosas.*

Este relato cuenta la historia de una nena terrible. Tan terrible es, que las mentiras que anota en su cuaderno pasan a segundo plano con el desenlace del cuento, ¿no cree? Con los nombres que le he dado, ya es más que suficiente. Es momento de contarle lo que he venido

rumiando desde que se reinició esta novela. Una pregunta que ha estado acechándome todo este tiempo y que ahora comienza a tomar forma. Ahora, que he pensado que —quizás— sólo se puede descifrar el enigma con argumentos y razonamientos literarios.

Una pregunta que he intentado invariablemente responder y que no he logrado hacerlo, acaso porque he encarado el problema desde una perspectiva equivocada.

La pregunta en cuestión es simple: ¿cómo asesinar a una persona sin ser declarado culpable?, ¿cómo cometer el crimen perfecto?

32

Para la escritura de alguno de mis cuentos he tenido que indagar acerca de estas cuestiones. Y he aprendido que hay tres maneras:

- 1. Cometer el crimen de forma tal que el asesinato parezca un accidente.*
- 2. Plantar pruebas falsas de manera que la culpa del asesinato recaiga en otra persona.*
- 3. Ser el principal sospechoso desde el momento cero, pero que no haya pruebas que nos incriminen.*

Muy bien, querido lector: se me ocurre que esto mismo lo supo muy bien el infame de Acevedo-Weiler. Y que urdió lo que creyó sería el plan perfecto. Tan perfecto ha sido, que hace años venimos asumiendo que las cosas han de ser como él las ha escrito y punto.

Tan claro lo veo ahora, que no puedo creer cómo no fui capaz de darme cuenta antes. Veá, amable lector: cuanto más avancemos con nuestra investigación, más se nos dirá que la abandonemos. Estoy segura. ¿O no le han dicho ya que debemos respetar esta absurda y ominosa trama?

*¿A quién se le va a ocurrir culpar a otro? Y todo va a ser como antes. Como antes de que él y Agustín llegaran.*

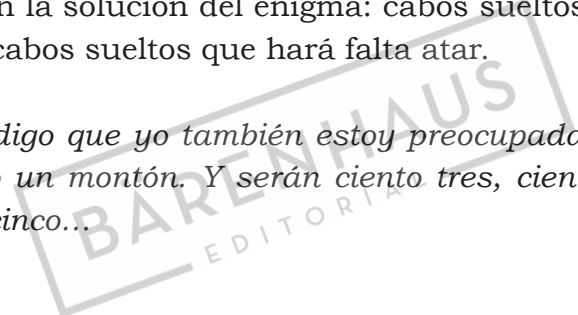
El cuento ya se acaba, le encargo una última cosa: los cabos sueltos, tenga presente los cabos sueltos de la historia.

*A mí, en cambio, Papá me va a querer siempre. Ya no va a dejarme ni un minuto sola, lo voy a tener todo el día para mí. Y si siguen preguntándome por Agustín, voy y les digo que no lo vi más.*

33

Aquellas preguntas que quedaron sin responder tal vez sean la solución del enigma: cabos sueltos, querido lector, cabos sueltos que hará falta atar.

*Les digo que yo también estoy preocupada y que lo extraño un montón. Y serán ciento tres, ciento cuatro, ciento cinco...*





**BÄRENHAUS**  
EDITORIAL

BÄRENHAUS  
EDITORIAL